

Antonio Ortuño

La fila india



Decenas de migrantes perecen, entre llamas y disparos, durante un feroz ataque contra el albergue oficial en donde pernoctaban. Irma –una joven funcionaria de la Comisión Nacional de Migración, a quien apodan la Negra– es enviada a Santa Rita para repatriar a las víctimas, pero su llegada cae como una piedra en el agua... Viajar con su hija a ese mísero pueblo del sureste, paso obligado de legiones de centroamericanos en tránsito hacia Estados Unidos, ya es poco cauto; pero dar apoyo a una sobreviviente resulta casi insensato, pues, como Irma descubre, en Santa Rita los migrantes importan menos que el ganado...

La fila india es una novela coral en la que todos tienen voz: los centroamericanos agredidos y abandonados, los reporteros oportunistas, los sanguinarios polleros, las autoridades corruptas, los funcionarios incompetentes, el meloso e hipócrita discurso oficial en los medios e, incluso, esos biempensantes convencidos de que sobre ellos no pesa culpa alguna...

En clave de *thriller*, pero con las armas de la ironía y la tragedia, Antonio Ortuño retrata en esta novela necesaria y radical «un país de víctimas, con fauces y garras de tigre»

Índice de contenido

Cubierta

La fila india

La Negra

Referencia

Cacería

La versión oficial

Oración fúnebre

Un email

La Negra

Planes gubernamentales

Sigue la Negra

Biempensantes

La Negra

La visita del funcionario alfa

Negra, Negrita

Biempensantes

Negra

El Morro

La Negra

Versión oficial 2

Más Negra

Huida

Negrita

Biempensante

Negra

Versión oficial 3

Negra

El tren

Biempensamientos

Negra, Negra

Santa Rita, lo que se da no se quita

Negra

Tan biempensante

Cacería

Versión oficial 4

Negra

Tan pero tan biempensante

Bisturí

Negra

Fuego

Todavía biempensante

Negra

Siempre tan biempensante

Tan Negra

Ya te vas

Última Negra

Sobre el autor

*Para Olivia.
Para Natalia, Julia y Elisa.
A la memoria de Sergio Arredondo.
A la memoria de Daniel Sada.*

They carried pictures of their wives
And numbered tags to prove their lives
They walked in line
They walked in line
They walked in line

Joy Division

Todo esto no es más que teatro. Simples ta-
blas
y luna de cartón.
Pero los mataderos que se encuentran detrás
son reales.

Bertolt Brecht

La Negra

–¿Su viaje es de placer?

–No.

Referencia

Una mano salió de la sombra.

Abierta, lastimosa.

Gloria, se llamaba la trabajadora social. Se acomodó los lentes sobre la nariz y logró distinguir, a la perpleja luz de la farola que alumbraba el quicio del portón, la limpieza de los dedos del hombre agazapado en la oscuridad.

Abrió el bolso, feo, plástico, que le dieron en un cumpleaños, y se dispuso a apaciguar al pordiosero con una moneda.

Los demás funcionarios que atendían el refugio para migrantes le hubieran ofrecido una cama, agua, alimento, algo de ropa recosida. Pero sabía Gloria que a la medianoche, cuando el hambre y la sed se dan por insolubles, un hombre no quiere paliar más apetitos que los de la carne o los que provocan los hábitos del vino, la yerba, el pegamento. Lo había visto con púberes casposos lo mismo que con abuelos.

Ella siempre ayudaba. Le extendió una moneda y sonrió con fatiga. El tipo no olía a calle, hambre o medicinas, sino a jabón y agua corriente.

La mujer retrocedió.

Una mano blanca engulló la moneda. Otra salió de la oscuridad, una inesperada zurda engalanada con un revólver. De la sombra emergió un rostro.

Una sonrisa en una cara infantil.

La mujer dio otro paso atrás y se cubrió con el bolso.

El primer disparo la hizo caer.

El segundo, el tercero y el cuarto, el quinto y el sexto resultaron del todo superfluos.

La policía no era bien vista por los vecinos de Santa Rita. Si alguien se hubiera tomado la molestia de compilar un listado de quejas contra los agentes de la zona, no habrían quedado fuera de él en ningún caso: extorsiones (a comerciantes y prostitutas), violaciones (a prostitutas y, ocasionalmente, a cualquiera que fuera por la calle), golpizas (a los vagabundos que acampaban cerca de la estación de trenes y, de nuevo, a las prostitutas) y robo simple (los policías solían beberse las cocacolas y marcharse de las tiendas de abarrotes sin ofrecerse a pagar el consumo).

Una pequeña multitud de migrantes albergados allí, centroamericanos todos, se había reunido en torno a la ambulancia que se llevaba el cuerpo de Gloria. La buena de Gloria. La que siempre ayudaba. Algunas mujeres, cubiertas por cobijas, lloraban; tres o cuatro hombres escuchaban, murmuraban obscenidades. Nadie se acercó a dar su versión a la policía, nadie hizo otra cosa que echarse atrás y negar con la cabeza cuando los agentes preguntaban si habían escuchado, visto, oído lo que fuera.

A la vuelta de la esquina, en las oficinas de la Comisión Nacional de Migración –Delegación Santa Rita–, las luces se encendieron. Unos chiquillos habían llevado la noticia de que Gloria estaba muerta. El velador, desencajado, abrió la puerta ante los golpes de la autoridad. No lloraba: bostezaba abriendo unas fauces inmensas de *triceratops*. Atinó a preparar una jarra de café que los policías se bebieron.

El velador declaró que no había escuchado, faltaba más, un carajo. Uno de los agentes debió repetir tres veces la pregunta. El otro entró a la oficina y apagó la radio que había bramado todo el tiempo, con obstinación, una

tonada circular: *Si tú quieres bailar, sopa de caracol, si tú quieres bailar, sopa de caracol, si tú quieres bailar...*

Se publicó un boletín condenatorio, pero nadie descubrió al culpable ni, por tanto, se castigó el primero de los asesinatos del Morro.

¿Quién castigaría una simple muerte en medio de una masacre?

Cacería

Se dedican a cazar moscas. Rodean la puerta de la construcción, un cubo de piedra lisa. Ventanas cuajadas de carteles con mensajes gubernamentales pasados de fecha, desteñidos. Sombras, aspavientos, carreras, gritos, una risotada. Cazan. La alegría del perseguidor.

Adentro, la penumbra.

Silencio. Madrugada. Alborada que se vuelve explosiones. Fuego. Rota está.

Algunos de los atacantes tomaron café antes de comenzar, mientras los reunían en una casa de las afueras. Guantes, gorro, aire helado. Tan fría como consigue ponerse una ciudad donde la temperatura nunca baja de quince grados. Chamarras de cuadros, hermanas de las mantas con que los veladores se cobijan. Vasos de plástico, café soluble insípido. Lenguas torrificadas por el agua hirviente. Dos camionetas, pocas armas. Eso sí: botellas de gasolina recubiertas con trapos y mecates a modo de mecha. «Mechas, ni madre que mechas», se dicen unos a otros. Y ríen. Porque de eso se trata cazar. ¿O no?

En el vientre de la construcción, en compartimentos, pasillos, salones y oficinas, los aguardan las presas (no saben que los cazadores vienen ya) en catres y bolsas de dormir. Ancianas, hombres de mostacho, mujeres, sus hijos: presas. Morenos todos. Duermen. No hay modo de saber si sueñan. Les dieron una cena de frijoles, tortillas, café negro; la leche ordeñada a cinco cartones debió re-

partirse entre veinte niños enclenques. Ahora reposan, digieren. Alguno ronca, otro se pedorrea (las tripas llenas de comida exhalan, claro, el aire que estuvo allí por días y días). Dos de ellos conversan. Pocas frases, voz baja.

Van a cazarlos.

Las camionetas no son cautelosas. Resuenan. Un locutor de radio, el estrépito de su voz. *Saludos, saludos, de Melina para Higinia. De Paco para Hugo. Y para Rafael, de parte de los chavos de la setenta, ya no seas tan puto, por favor.*

Otra risotada. Alegría.

A mitad de camino, paran las camionetas frente a un salón. Umbral decorado, esferas, nochebuenas, el feo logotipo de la Comisión Nacional de Migración –Delegación Santa Rita–. Un festín de ninfas y centauros. De burócratas, en este caso. La tradicional, la inevitable posada anual.

La medianoche ha pasado, nacerá el día. Aún queda medio centenar de almas allí: bailan, beben. Las mujeres, diez o doce, sacos echados sobre los hombros, pero los escotes bajados, las tetas a medio asomar. Los hombres han bebido tanto que no serán capaces de llegar lejos con ellas.

El menos ebrio de los festejantes los aguardaba. Sale al encuentro de las camionetas. Risas, griterío.

–Acá están pedos, allá no queda nadie –dice al chofer cubierto hasta las orejas por una chamarra de gamuza que no evita que se le adivine el rostro de jovencito–. Nos trajimos hasta al velador.

Miran por la ventana al mencionado: baila, toma una mujer por la cadera.

–¿Rifaron las teles? –murmura el chofer, mirada al frente, nariz afilada. El funcionario asiente; contiene un eructo con la mano.

–Ya, hace rato. Se volvió loca, la pinche gente.

–Pos bien. Tú sabes, tú eres el mero boss.

–Sale, Morro. Acá todo va. Llégale.

Marchan las camionetas; el funcionario permanece en la calle, fuma, mueve la cabeza al compás de la música.

Sabe. Él sí que sabe. Y no tiembla. Quizá piensa en las mujeres, sus tetas a medio asomar. O quizá piensa en el fuego.

¿A poco no?

Las presas duermen. Las camionetas transitan frente a la patrulla del área. La mirada del chofer se cruza con la del uniformado que la tripula. Baja los ojos, el oficial. Apaga su vehículo. Experimenta un picor incontenible en el ano. Su pierna derecha golpea el suelo, se mueve sola, como si fuera a escaparse sin esperar a la compañera, la cadera o los pies. Lo ilumina una luz. El oficial abraza el volante, inmóvil. Total sumisión. Cierra los ojos y aprieta el culo. Podrían sodomizarlo, los pasajeros de las camionetas, si tuvieran ganas de hacerlo. Se van.

No: no los esperan.

Ha despertado uno de los hombres morenos, tendido en una colchoneta que cruje, polvosa como el piso sobre el que se asienta. Parpadea, recapitula. Respira. Al menos él no tiene niños, se consuela. Le duelen los pies. Bajaron del tren y escaparon. Caminaron dos días, cruzaron la montaña. Sin agua.

Iniciaron el viaje tres noches antes, los zambutieron en un vagón sellado donde costaba respirar. Escuchaban los resoplidos de los empleados del ferrocarril, el zapateo de otros polizones encaramados en el techo. Permanecieron callados. Los niños lloraban; sus padres se afanaban por callarlos. Respiraban poco, se ha dicho, y mal. Casi mudos viajaban. Alguien decía Puta madre, cada cierto tiempo. Puta madre, cerotes que son, nos jodieron. En una recarga de agua para los botes de plástico que les entregaban, cada tantas horas, los tipos que los pastoreaban olvidaron cerrar la puerta. A partir de allí dispusieron de aire, desli-